

El extravío del hombre en Dios

Al Dios desconocido

*“Dentro de poco dejarán de verme,
pero dentro de otro poco volverán a verme” (Jn 16,16)*

Es difícil intentar hablar de Dios partiendo de una palabra que desborda nuestra capacidad de comprenderla y que sin embargo, tal vez por esto, por la necesidad humana de trascender hacia lo divino, a la comprensión total, a la auto-suficiencia y al control, es que la palabra Dios, Yahvé, Adonai, Alá, Mahoma, Buda o como quiera que se le nombre, ha estado en boca del hombre desde siempre.

En relación a esto se encuentra la enigmática teofanía de la zarza ardiendo en el antiguo testamento (Ex 3).

Esta zarza ardiendo sin consumirse dibuja con sus llamas un tetragrama dos veces repetido, traducido al hebreo como ADONAI, presencia que garantiza trascendencia pase lo que pase; amen de responder a la pregunta hecha por Moisés:

“¿Cuál es tu nombre?”

Yo soy el que soy...Yo soy”

Importante me parece aclarar que conocer el nombre, era clave, porque el nombre lo era todo en el mundo Semita antiguo; solo existe lo que tiene nombre y este indica la naturaleza o realidad de quien lo lleva; por el nombre se puede llegar al ser. El nombre es el signo que legitima la misión y es también la fuerza que garantiza su eficacia. El nombre propio de Dios que se revela a Moisés es Yahvé, que equivale a Yo Soy el que Soy, Yo Soy el que Seré, sin traducción exacta porque es atemporal. (*Antonio Bentue, Seminario UDD*)

Este episodio será fundamental en la idea que inspirará a Descartes: *“Cogito ergo Sum”*, solo desde el momento en que pienso tomo conciencia de que existo (soy). (*Juan de Dios Vial, seminario UC*)

De la Teología positiva a la Teología negativa

Recapitulando la idea recién expuesta respecto a que por el nombre se puede llegar al ser cabe preguntar:

¿Es Yahvé un ser?, ¿Se puede en Él hacer la distinción entre ser y ente?, ¿Trátese de un universo que también es partícula en sí mismo?

Uno de los máximos exponentes de la era helénica, Aristóteles, dotado de un luminoso conocimiento dio con el siguiente hallazgo:

“DIOS CAUSA PRIMERA”; causa in-causada; absolutamente independiente.

A partir de esta causalidad primera surgiría una cadena de causas infinitas dentro de un principio de no-regresión, que impediría el encuentro de esa causa primera. Un eterno saber no sabiendo, como san Juan de la Cruz versara en el siguiente poema:

*“Y, si lo queréis oír,/ consiste esta suma ciencia (cadena infinita de causas)/en un subido sentir/
de la divinal esencia;/es obra de su clemencia/hacer quedar no entendiendo,/toda ciencia
trascendiendo” “*

La causa en si misma o causa sui se proyecta a un sin número de proposiciones que aluden a una íntima relación hombre-dios, aparentemente ya sabida por nosotros, más no deja de sorprender que cada autor que la expone desde su perspectiva le agrega algo más al misterio metafísico de esta relación dios - hombre :

“Presencia de dios en nuestra íntima mismidad” (Kierkegaard)

“La suprema verdad habita al interior del hombre” (Agustín)

“No han oído decir; ustedes son dioses” (Cristo, Jn 10,35)

“Dios como lo que se identifica con lo más propio de nuestro ser” (Fichte)

Esta vía afirmativa de la existencia de dios por analogía lo relaciona con un dios que es bondad, amor, perfección etc. San Agustín dirá al respecto que Dios está *“Ocupando un puesto de preferencia en todas partes para responder a los que te consultan”* y luego afirmará que quienes lo consultan, son quienes ya lo han encontrado *“ ¿Te buscaría de no haberte encontrado ya?”* (Confesiones)

Ante la pregunta ¿dios es? ya se le estaría adjudicando en sí una posible respuesta, en el supuesto de que al preguntar por dios se le estaría re-conociendo. ¿Quién o qué permite e impulsa al ser humano a preguntar por dios? Si no existiera, si fuera nada, ¿de dónde surgiría la pregunta y la necesidad de su respuesta? e incluso ¿Cuántas preguntas y sus consiguientes respuestas habrán aun sin descubrirse lo que no implica que por eso dejen de existir? (No por ser invisible no existe).

Carlos Marx explicitó que *“los términos se constituyen por sus relaciones”*, el proletario es en relación al burgués y el burgués es en relación al proletario; así toda necesidad ha de tener una fuente que la satisfaga constituyéndose mutuamente; un genio musical requiere de un oído que lo aprecie no pudiendo existir uno sin el otro (Diplomado UAH dictado por Carlos Casanova). Desde esta perspectiva de reciprocidad se puede proyectar la noción de que toda pregunta bien formulada está preñada de su respuesta. Tal vez es en la forma en que preguntamos por dios donde radica el error.

Leibniz postula el "*Principio de Razón Suficiente*" donde por necesidad todo tiene un fundamento o razón de ser arraigado en lo más profundo del ser y a la vez independiente de él, que nos conduciría a la trascendencia de dios. Así lo condicionado debe en algún momento partir de lo incondicionado. También afirma que no se puede demostrar a dios por nuestra limitada razón, aquello en lo que creemos es indemostrable, de aquí emana el postulado de la existencia de dios por la fe, un postulado platónico donde tener una idea de dios se basta a sí misma.

Es importante no confundir ilusiones con ideales. Las ilusiones pueden conducir al escepticismo, su ingenuidad no excluye el disimulo ni aun la hipocresía que entrañan, en cambio, los ideales sirven como luz dentro de un túnel para avanzar, siendo nunca alcanzables por el hombre. Los ideales son una verdad que alumbra, en tanto, las ilusiones son un vicio del carácter y también una tendencia del pensamiento, que consiste en la negación de todos aquellos aspectos de la realidad que nos parecen desagradables o irracionales. (Octavio Paz "*Laberintos de la Soledad*")

Muchos creyentes han desvirtuado la concepción de dios llevándola a una verdad absoluta, única e incuestionable, en un infructuoso intentar abarcar la infinitud de dios mediante la finitud del entendimiento humano y han obstaculizado su concepción reduciéndola a fanatismos y supersticiones que impiden la reflexión y su consiguiente duda en tanto dios enigma infinito. Esto podría ser interpretado como un retroceso o estancamiento al avance de una idea más racional de dios. Mal que proviene de la mediocridad que encubre desinterés por la verdad, temor, comodidad y sumisión. Todas características que impedirían aproximarnos a ideas sujetas a ideales, más riesgosas y por tanto más profundas como la de Lutero, Leibniz, Kant, Jaspers y tantos otros. Los cuales participando de una Teología Positiva permiten a su vez asomarse a una vía negativa del entendimiento divino.

Lutero: "*Aquello en lo que te apoyas eso es dios*" Hay una necesidad de apoyo o nostalgia de dios intrincada en el ser humano, un supremo sentir infundido por dios para acercarnos a Él, para apoyarnos en Él. Nostalgia como necesidad y a la vez fuente de apoyo. San Agustín dirá: "*Mi alma estará inquieta hasta no descansar en ti*" Esta idea teológica positivista parece válida por la luminosidad y tranquilidad que emanan de ella, aquello que me hace bien es verdadero, en tanto me permite perseverar en el ser que soy.

Spinoza acuñará esta idea en afectos ligados a la alegría que permiten perseverar en el ser sí mismo: amor, generosidad, esperanza, honor... Y paralelamente, afectos ligados a la tristeza que hacen decrecer la potencia del ser: desprecio, envidia, odio, arrepentimiento... (Ética).

Las necesidades tales como esperanza, confianza, nostalgia... existen, de lo contrario no las necesitaríamos, la propia existencia las hace ciertas. Bajo la metáfora de una cadena, la necesidad sería el efecto de una causa que formaría parte de esta cadena sin regresión al infinito, donde todo encajaría en una relación causa- efecto. Nostalgia como un eslabón retro-activo al infinito, es decir, a una incierta causa sin causa o causa en sí, in-inteligible por la finitud de nuestra razón.

Leibniz dirá que el bien impulsa a dios a crear "*este es el mejor de los mundos posibles*" y así como dios eligió el mejor de los mundos posibles para crearlo, hizo de cada uno de nosotros el mejor de

los seres posibles dentro de la infinita gama de elecciones a su haber. Cada uno de nosotros es por sí mismo razón suficiente para existir siendo como es, no pudiendo ser mejor de lo que es bajo ninguna otra forma posible. Portamos en nosotros mismos la razón suficiente para existir siendo como somos, esta es la mejor de nuestras formas posibles de existencia. (La Monadología)

Kant También postula la idea del hombre libre: *“cuanto más el hombre es genuinamente libre, tanto más cierto es dios para él. Donde yo soy genuinamente libre estoy cierto de que no lo soy por mí mismo”*

Haciendo un paralelo con la idea de libertad en Jaspers, junto con la libertad y en la más vasta amplitud de sus posibilidades, emerge un aspecto que la constriñe y a la vez dilata, ennobleciendo al hombre, esto es la capacidad humana de asumir un compromiso responsable, renunciando voluntariamente a parte de su libertad en pos de una elección dentro del marco de sus posibilidades, corriendo el riesgo sabido y temido de un resultado incierto que se puede traducir en éxito como en fracaso. Esta libertad independiente del resultado, propia de la grandeza e insignificancia humana, nos lanza al abismo de no saber nada siendo seres necesitados de certezas, tensión que habita en el ser humano desde que este toma conciencia de sí mismo. Un devenir que se nos viene encima cuando nos abrimos a las posibilidades de la existencia y a la capacidad consciente de elegir o rechazar.

“El que intente conservar su vida, la perderá; pero el que la pierda la recobrará” (LC 17,33)

En esta ecuación inversamente proporcional de la humana libertad, donde se es más entero (más libre) en tanto se esté menos abierto a un horizonte inmenso, es para nosotros el límite de la libertad. Límite que consistiría en replegarse frente a la inmensidad para estar más concentrado en el sí mismo y luego desplegarse pudiendo caer en el sometimiento de objetivaciones que nos limitan, tales como: yo logro (éxito, puesto, cargo)/ yo recuerdo (lo que fui determina lo que soy y seré)/ yo rol social (casta, cuna, clase)/ yo carácter (así soy: irascible, amistoso, fiel) en fin.

Somos el único animal que se ha hecho preso para ser libre y que se hace libre para volver a estar preso.

Aquí toma lugar la idea nietzscheana de que el ser-humano es el único animal capaz de decir no al instinto. Nos arriesgamos sabiendo que peligramos (desplegamos) y nos controlamos aún hambrientos de deseo (replegamos). Hemos superado el animal que llevamos dentro, lo hemos domesticado; y hemos instituido una cultura cuyo invisible muro de contención, nos facilita la nunca terminada tarea de dominar nuestra salvaje naturaleza.

La libertad, según Jaspers, sería una necesidad existencial realizable por el hombre abierto a la trascendencia, sin la cual la existencia se tornaría insoportable. Libertad no pensada, sino actuada (facto), que consistiría en elegirse así mismo. Un salto a lo genuino que hay en nosotros, despojándonos de todo respaldo racional para quedar suspendido en la nada de nuestro origen. Una libertad anterior a cualquier decisión, donde podría emerger la resolución incondicionada de

elegirse a sí mismo o de no elegirse. Todo esto jugado en un instante, con carácter de eterno, que abarcaría todas las posibilidades sin inclinarse por ninguna.

Kierkegaard explica el instante diciendo que somos una síntesis de cuerpo y alma que se resuelve en el espíritu, esta síntesis está inmersa en otra, cual es la del tiempo en conjunción con lo eterno, que se resolvería en el instante. De esta manera, el instante es un momento en el tiempo con carácter de eterno. Según Jaspers de este vital momento-instante surgiría un mandato único, particular e irreplicable, para encausar al mundo, en el breve espacio-tiempo de la existencia humana. A modo de ejemplo, Nelson Mandela reconoció en una entrevista que el estar tantos años preso le proporcionó, paradójicamente, la libertad y el tiempo para pensar y conectarse consigo mismo, en profundos y largos silencios, donde surgieron las fuerzas de sus convicciones. Aquí emergería el esclarecimiento del cuándo, dónde y cómo, tendría lugar el ser, que cultiva con su hermosura, haciendo brotar ideas creativas, reveladoras, luminosas... “Mi lengua es como la pluma de un hábil escribano” (Salmo 44)

En esta misma línea, Sócrates en su docta ignorancia entiende el no conocimiento como el verdadero conocimiento que está por sobre todo lo cognoscible, llevándonos al silencio, en tanto ausencia de palabra o razón. Un dios como el Daimon socrático que sería una voz orientadora que se da en la conciencia, escudriñando el abismo y conociendo lo insondable de todo nuestro interior.

La vía positiva de teología, afirma más que duda, partiendo de principios no comprobables, lo que pudiera producir el efecto contrario en quienes buscan una respuesta más racional, al punto que, en vez de enriquecer pudiera verse como un límite al entendimiento, sometiendo la racionalidad a un conocimiento primario e infantilizado por el hecho de excluir la verdad del no saber y su posible negación de dios. Aspecto riesgoso ya que al escindir la comprensión racional, la mística puede quedar degradada a lo “misticoide”, bajo el argumento implacable de que seres finitos están vetados para razonar sobre lo infinito. Nos restaría entonces abocarnos a nuestras obras para abrirnos al mudo de lo finito, un “Ser ahí-no más”. Jaspers se des-enmarca de esta idea heideggeriana del Dasein, ya que el existente no puede estar desconectado de su trascendencia.

Las infinitas posibilidades de error y marginación a lo que la teología positiva nos puede inducir, llevándonos a categorizaciones rígidas u objetivaciones que obstaculizan la duda y limitan la reflexión, al excluir lo oculto, encubierto, retirada, muerte, nada y abismo, de un dios que se opone a sí mismo; nos induce a abrir la puerta a la vía negativa, donde ante la misma pregunta por dios surge la corriente del pensamiento teológico o-puesto al positivismo, que afirma que a lo indemostrable solo se le puede aproximar desde su contrario o negativo; siendo imperante aceptar el reverso del anverso a través de la teología negativa. El Antiguo Testamento dirá “Es lo que ojo no vio, ni oído escuchó, ni cupo en el corazón.” El cristianismo al negar la paternidad de Cristo nos sumergirá en el enigma o abismo de lo no dicho, lo no pensado, lo no comprendido.

Dios no es eternidad, ni tiempo, ni lo pensado, ni vida, ni no vida, ni bondad, divinidad, sabiduría o verdad. Entonces la vía negativa niega todo lo conocido o imaginado sobre dios, dios sobre-sería.

Requiere no razonarlo sino abandonarnos o desasirnos de todo lo que nos afirmaba para alcanzar a dios.

Luigi Giussani dirá en versos: *“Cualquier cosa que digas o hagas/ tiene un grito dentro:/¡No es por esto, no es por esto!/y así todo envía/a una secreta pregunta:/el acto es un pretexto./En la inminencia de Dios/la vida se abalanza/sobre las reservas caducas/mientras cada uno se aferra/a su bien que le grita: ¡adiós!/Aguijón me punza/de tal modo, que descansando, más que nunca estoy lejos/de hallar paz y sosiego”*

En la teología negativa el concepto de dios se aproxima más a la nada que a algo, dios nada de todo; dios oculto, dios enigma. Existiendo así una metafísica del abismo (lo sin fundamento) V/S una metafísica del fundamento (teología positiva), y la superación de ambas en un círculo infinito donde se mezcla el todo y la nada en un movimiento holístico eterno.

La teología negativa es la dialéctica de negación- contradicción para no quedar preso de ninguna categorización. El ser es no ser, la presencia es ausencia, el misterio es abismo. La Teología Negativa no pretende demostrar a dios sino todo lo contrario, se acerca más a un ateísmo que a la fe, al hacerlo incluye creencia con agnosticismo en un mismo circular dialectico infinito, donde toda noción de dios podrá ser refutada por su antítesis como única forma de avance, un avanzar que requiere del retroceso para continuar. Así la Teología negativa identifica a dios con caída, abandono, olvido, nada, error, invención, lo sin fundamento, lo ausente, un dios que se retira, un *“dios que ha muerto”*, esta última frase la inmortalizó Nietzsche o ella lo inmortalizó a él, al permitir un dios que trasciende todo, que lo puede todo, incluso morir.

Meister Eckhart afirma que es necesario arrojar todas las representaciones de dios: como camino, valor, verdad, vida, salvación, misericordia, etc. ya que dios es indemostrable. Esta idea abre el entendimiento humano hacia lo no-cognoscible e in-abarcable cómo única manera de pensar en dios, un dios entendido desde la nada que somos hasta la nada que podría ser Él. Así habla del desasimiento liberador, despedida de todas las cosas, hasta llegar a hacerse nada, dios en tanto abismo y nada.

Desde esta perspectiva no es difícil entrar en la noción de un pensamiento más ateo o agnóstico, como el de Feuerbach de un dios- hombre, donde el deseo del hombre crea a dios por un afán de felicidad que esconde finalmente un egoísmo humano natural (reducción de elementos teológicos a antropológicos). La religión supondría un ateísmo escondido, en el Deus Absconditus está el misterio del Homo Absconditus, la esperanza incondicional del hombre en dios, él la traslada a la utopía ideológica del marxismo.

Siguiendo en esta línea, Voltaire afirmó: *“si el hombre no tuviera un dios tendría que inventarlo”*, de aquí la explicación última de cuanto hay es un fundamento imaginario, un principio subjetivo, no objetivo.

Nietzsche

El Dios platónico de ideas e ideales que daban sentido a la vida, a través de principios, valores, normas, reglas, moral; no es más que un proyecto humano de una voluntad de poder, para la realización de unos ideales nunca cumplidos. Al tomar conciencia de esto viene la llegada del nihilismo. A muerto el dios supra- sensible, sobrenatural, el dios platónico de valores incondicionados, el dios de ideas, normas y reglas.

El nihilismo viene acompañado de la sub-versión de valores supremos, que ha dejado al hombre en un callejón sin salida, por la formalidad de una vida destinada a justificar y afirmar lo establecido, haciendo suyos códigos sociales que respaldan, sostienen y defienden este orden arraigado, conservador y piramidal, a pesar de que el hombre es un animal no establecido. Una voluntad de poder en el dominio de la tierra, que obliga a entrar en este orden que oculta un desorden aceptado por todos, para conservar las apariencias de un mundo in-auténtico, que vetó la experimentación y el juego. Para Nietzsche este panorama sucumbe ante al asco por la falsedad de este "mundo verdadero" y la consiguiente llegada del nihilismo.

Frente a este mismo panorama que tiene al hombre en crisis, Jaspers sostiene que la salida es la aparición de la necesidad existencial, del deseo de un retornar a ser sí mismo, dando un salto al origen en la libertad de las posibilidades, que antecede toda decisión trascendiéndola, para poder elegir comprometiéndonos con nuestras propias decisiones.

"Dios ha muerto, viva el superhombre" dice Nietzsche, lo que no significa que el hombre ocupe el lugar de dios, sino la búsqueda de una filosofía de la autenticidad, donde el pensar es genuina capacidad descubridora, propio de la esencia de la vida es querer crecer, toda vida que se limita a la mera conservación ya es decadencia. Comienzo de una nueva historia, la más grande hazaña. El hombre es el guardián de su ser, su tarea es cuidar del ser para acrecentar y conservar la vida. El hombre se estaría proyectando como sí mismo, dejando detrás al hombre anterior, en una posibilidad más radical que vendría siendo la del superhombre y su consiguiente voluntad de poder; voluntad de ser amo.

Auto-conquista

Asumir soberanía sobre sí-mismo, descubrir territorios despoblados y calar en ellos la bandera de la auto-conquista. Apropiarnos del ser que somos, organizarlo, administrarlo haciendo de la vida el desafío de poseerla. Un fui creado, más ahora soy yo el que continua la obra. *"Dios ha muerto"* en la libertad de cada uno de nosotros. Es posible que solo se vuelva a la causa originaria cuando se muere, ahí dejamos de ser nosotros mismos con soberanía existencial para quedar suspendidos en esta causa originaria de la cual nada sabemos, a excepción de que cualquier noción que tengamos de ella no sea correcta. Mientras más se le piensa más se aleja. Dios, es un dios desconocido.

Si es cierto que hay una causalidad primera, como un impulso vital de vida, no implica que todo lo que sigue a continuación es necesariamente efecto de aquello. Una vez cortado el cordón umbilical la vida corre por cuenta propia, no es excusa válida el origen, hay responsabilidad propia

en el acontecer de mi libertad con respecto a lo que he hecho de mi existencia. Entonces la causa sui, puede ser la causa primera, más no la última, no soy responsable de estar vivo pero sí de mi vida. Con esta supuesta escisión de la causalidad primera con respecto a todos los eslabones que le siguen, talvez se pueda dar una nueva mirada a la tan recurrente frase nietzscheana "*dios ha muerto*" Dios existió, luego de haberme creado murió. Lo que sigue a la bella idea de que dios estaría presente tácitamente en toda acción libre del hombre y que así como una madre puede morir para dar a luz un hijo, dios puede morir al dotar de libertad a su criatura. Esta noción de libertad nos lleva como en un péndulo a la noción del abismo que la confronta, en tanto horizonte infinitamente abierto donde la libertad del hombre se disuelve hasta hacerse nada.

Nada: ausencia del todo. En el caso del existente, sería ausencia de su existencia, o sea muerte.

Así la Pascua (en latín *páscae* =paso) que se nos abre, sería la trilogía: DIOS – LIBERTAD – NADA.

Sin embargo, Jaspers dice que la idea de dios estaría socavada por la apreciación de un dios presente en la libertad de cada individuo, el dios único no sería una idea que nos trajera, cual poción mágica, nuestra libertad. El dios único es un dios cifrado, en código, en clave (Truth & Simbol)

Esclarecimiento existencial en Jaspers y sus similitudes con la representación de dios.

En Jaspers la idea de libertad en el ser humano está asociada a la acción no al pensamiento, una acción que se presenta con lucha, ya que enfrenta un sin número de obstáculos que la coartan, como una voz que dijera: "*no he venido a traer la paz sino la espada*" (Mt 10, 34-38)

La libertad sería un volver al origen, que permita un compromiso con sí mismo anterior a cualquier decisión o elección. Este origen podría converger con la causa primaria de Aristóteles.

Siguiendo con el existencialismo jasperiano, este origen es también mi preguntar en tanto mi hacer, obro la libertad; así la libertad acontece cuando constato que yo soy yo, ¿Habría relación entre mi mismidad y el Yo Soy de la zarza ardiente?

Mi individualidad irrepetible, mi independencia y autonomía hacia un salto originario que es un trascender el ser del mundo más allá de lo dado, de mi "*Ser ahí*". Salto al ser olvidado ó aun desconocido, un volver al origen que somos desde siempre; una libertad no objetivable ni demostrable a la cual se llega solo en situaciones límites, que prueban al ser humano y muestran lo que es o ha llegado a ser: Muerte, sufrimiento, lucha, culpa, desesperación, fracaso... El cómo el hombre actúa en estas situaciones, muestra lo que por un lado es (lo dado) y por otro, lo que ha hecho de sí mismo (a partir de lo recibido).

Todas estas ideas extraídas del esclarecimiento existencial jasperiano son como neblina que deja un manto de duda en la relación hombre-dios. El hombre no está hecho para encontrar a dios sino para buscarlo, descifrando códigos que podrían estar en la naturaleza, los mitos, leyendas y me atrevería a incluir, en toda obra humana que trasciende el tiempo, ya sea pintura, escritura, arquitectura, escultura, tecnología, ideologías, etc. Todas manifestaciones que nos aproximan a la

idea de infinitud o modos de acercarnos a la trascendencia; una trascendencia que sobre-sería a su autor. No quiero dejar fuera la noción de trascendencia de la persona desconocida; el hombre “común y corriente” que también tiene manifestaciones que le trascienden: herencia (ADN), rasgos físicos, cultura, modos de pensar, de comportarse, lo sembrado en otros, lo esparcido por doquier, la huella indeleble de su esencia existencial, etc. En resumen, la trascendencia o infinitud está tan al alcance de la mano que a veces que no la apreciamos. Una unión inseparable entre criatura y creador, la otredad que padece lo uno; tan distante a la idea de ese dios- externo.

Lo que viene a continuación son preguntas, dentro de un esquema anti- sistémico, es decir, hasta donde me lleve la duda, permaneciendo en la pregunta antes de forzar una respuesta que obstaculice la contradicción y el cambio de rumbo:

¿Será que dios es un intento del ser humano por explicarse así mismo confundiendo creador con criatura?

¿Quisimos, queremos y seguiremos queriendo ser dios o poseerlo para hacer de Él un esclavo de nuestra fe? ¿Un dios que nos necesita más de lo que nosotros lo necesitamos a Él?

¿Un dios que deje al hombre tranquilo o un hombre que deje tranquilo a dios? o ¿la tranquilidad es una utopía para nosotros?

¿Un dios que nos creó y que fue superado por su criatura?, ¿Somos el paso de la dependencia a la independencia, donde la dependencia que fuimos, fue absorbida por la independencia que somos; como sucede en el paso infancia - adultez?

¿Se transforma la fuente en necesidad y la necesidad en fuente en un continuo movimiento holístico donde uno cede al otro, coexistiendo y al mismo tiempo permitiéndose ser primacía uno del otro, como es el caso del ciclo de la vida (infancia-adultez-vejes)?

¿En qué creemos; los que creen y los que no creen?, ¿Bastará con mirarnos en el lago de Narciso para saberlo?, ¿Será tal vez que el deseo del hombre, nunca satisfecho, de ocupar el lugar de dios, lo ha llevado a crearlo o bien a negarlo según capricho y necesidad; haciéndose juez y parte de sí mismo, logrando así mitigar o encubrir el abismo al cual fuimos, según Heidegger, arrojados en caída libre sin tener de donde asirnos?

Tal vez el presentar al hombre como ser pensante con poder sobre toda otra criatura (Res Cogitans), lejos de ser un privilegio que nos empodera, sea una maldición de la cual el hombre ha hecho, hace y seguirá haciendo vanos esfuerzos por liberarse. ¿Querrá realmente el hombre elegir, ser libre y comprometerse, en vez de solo existir?, ¿El hecho de pensar nos hace necesariamente valorar esa condición en nosotros mismos o como el jorobado, ya cansado de su deformidad y peso, no desea más que sacarse la joroba y arrojarla lejos?

Rubén Darío tiene aquí algo que decir:

“Dichoso el árbol que es apenas sensitivo/ y más la piedra dura porque esa ya no siente/ pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo/ ni mayor pesadumbre que la vida consciente/ Ser y no saber nada y ser sin rumbo cierto.../y la carne que tienta con sus frescos racimos/ y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos/ y no saber a dónde vamos, ni de dónde venimos.”

¿Será que la angustia frente a la muerte, evadida por la actividad y la rutina, no sea más que la responsabilidad y agobio de esta conciencia de la cual queremos librarnos?

¿A qué se refería san Agustín cuando dijo *“mi alma estará inquieta hasta no descansar en ti”*?, ¿La inquietud a la que san Agustín se refiere, solo puede desaparecer con la muerte?, ¿Solo la muerte nos traerá la ansiada tranquilidad?, ¿Es nuestro razonamiento la enfermedad?, ¿Desaparece este con la muerte? La última frase de Sócrates antes de morir fue: *“Criptón le debemos un gallo a Eustaquio (dios de la cura), paga la deuda, no te olvides.”* Según Foucault, la deuda que debía cancelar Sócrates, era la llegada de la muerte, como única cura de la vida. (El Coraje de la Verdad)

Tal vez este sea el dios al que Nietzsche mató, como último recurso para acercarnos a nosotros mismos, sin distracciones, remitiéndonos a ese ser somos. Cuanto más pone el hombre en dios, tanto más deviene el hombre en un pobre hombre. El hombre requiere ser lo suficientemente humano como para trascender su necesidad de dios y entender que la trascendencia está en su humanidad, dios es una proyección del hombre y el hombre debe despojarse de toda identificación de dios para simplemente hacerse más humano. Un hombre amnésico que se olvide de dios y se centre en él mismo:

¿En qué crees? R: en el hombre/ ¿Quién te creo? R: Yo me hago a mi mismo/ ¿De dónde vienes? R: Vengo desde el lugar en que me encuentro para dirigirme al que voy; /Solo soy lo que sé, supe y puedo llegar a saber, el resto fue la droga ociosa de generaciones pasadas/

Y luego, frente a este mismo superhombre, auto-valente, con voluntad de poder sobre sí mismo; llega:

Un llamado al que se accede sin pensarlo, la fuerza de un imán imperceptible, lo inesperado. Y ahí, ahí ocurre...Lo que sin saber necesitaba, algo que no buscaba, algo extraño y al mismo tiempo imprescindible, un nuevo aliento a la existencia. Su llegada es de improviso, el carácter de sorpresa le es constitutivo, para remecer lo dormido y mostrar que aún estoy vivo y que vivir es dinamismo, aventura, despojo, riesgo, cambio, espera, extravío, risa y llanto. Llegada que se presenta por sí y ante sí; y pareciera que justo en ese momento todo tomara orden y sentido. Lo invisible toma cuerpo, irrefutable, in-negable; su verdad desnuda brilla, inunda de alegría; recupero la esperanza que se había ido sin siquiera advertirlo. No se puede renunciar a la sensación de que nada es porque sí, todo tiene razón de existir, de acontecer, de manifestarse; en ese y solo en ese momento, ni antes ni después, todo encaja; y el antes y el después de la temporalidad humana se desvanece. Independiente de la ardua búsqueda o apática indiferencia, irrumpe, cual esfinge, mostrando más allá de lo razonado, una nueva forma de concebir el mundo, se muestra diáfana frente a mí y para mí, recordándome lo que alguna vez sentí y perdí. El cuerpo habitado y conquistado, por su presencia en cada acción y pensamiento. Desde ese momento ya

nada es igual y sin embargo todo permanece, lo que cambia está por dentro, el rumbo al que me dirijo, la mirada que deposito y la que recibo, la sonrisa que entrego y la que retengo, la energía que de mi emana, las ganas de hacerlo todo, de quererlo todo. Ya nada es aburrido, nada rutinario, se fue el vacío, la soledad, el frío. El recuerdo de algo ya vivido y perdido, en tan solo un instante inesperado de mi efímera existencia, donde emerge el percatarme que formo parte de una trama de sentido, donde todo hasta el más mínimo detalle, está para ser cumplido, por imprescindible, por decisivo. Este encuentro sublime, abarca todo lo imaginado; es furtivo, obsesivo, potente, indómito, temido, insolente, desafiante, irrechazable, gozoso, energizante, pleno, festivo, divertido, placentero, íntimo, indescifrable, misterioso, delicioso, suspicaz, sensual, gracioso, humano, divino, poderoso. Estando ahí, irrumpe el deseo ferviente de haberse preparado, haber vivido solo en espera de este encuentro, sin desperdiciar ningún momento, sin rehuir, sin temer, sin ahorrarse ninguna lágrima, ningún sufrimiento. Aprender del dolor, el rechazo, el fracaso, el olvido, la despedida, la tristeza, la pérdida, la renuncia, decepción y traición; lo injusto, lo padecido, desafortunado, la ruptura y lo terminado... Un todo enriquecedor que ahora encaja, cada experiencia era lo que debía ser. ¡Ay! De haberlo sabido, que distinto habría sido. Y recién ahora veo, aprecio y agradezco todo lo vivido. Nada es casualidad ni azar, todo tiene un sentido, más el hombre no está hecho para encontrarlo, ni buscarlo, ni proporcionarlo; el hombre solo está hecho para recibirlo en la gratuidad de lo inesperado.

¿Cómo se llama esto?, Ponle tú nombre.

M. Eliana Correa B.

manicorrea@gmail.com